

## ***Triptico de la existencia***

*Carmen María López*

### **Antiguo huésped**

Igual que en un desfile de los días sin  
nombre así la herida  
ingrúvida reposa en el alféizar del mundo.  
No hay tragedia ni labios que la enturbien,  
ni soles que la vivan ni muertes que la horaden.  
La herida, ese cuchillo en desencanto  
quiebra la luz, de súbito ensombrece.  
En noches sin amor se nos repliega  
en el costado izquierdo de la vida  
y se duele habitada en carne propia.  
No es una bendición pero no importa:  
junto a nosotros yace en nuestro  
lecho,  
respira a nuestro lado sin voluntad de  
asombro.  
En las sábanas frías del invierno  
se enreda en nuestra carne  
y nos cierra los párpados.  
Como un huésped perpetuo,  
regresa cada noche, hospitalaria, a escarbar  
la tierra del dolor o el dolor mismo.  
Hace surcos sin tregua en la hondonada  
del corazón más triste y desvalido.  
Otras veces fulgura intermitente  
en sempiterna espera y no nos daña  
sino en frágiles golpes de estertor.  
Parece traer la calma y es tormenta  
la lluvia derramada en su regreso.

Herida viva, amiga de un rescoldo,  
antiguo huésped de visita innoble.  
La herida cotidiana, siempre igual a sí misma,  
con su dolor a costas  
con su miseria breve.

## Heridicidio

Hay heridas que esconden en sus bordes  
la lentitud del tiempo.  
Hay un pájaro dentro de mis  
labios. Me aprisiona la boca, me  
domina los nervios de la lengua,  
las encías obscenas de mis noches,  
la saliva ferviente del semen o el olvido,  
las fauces de mis dientes  
que fueron mordedura sangrienta en otra  
carne, vísceras del amor que nunca tuve o que  
tuve  
y se enjauló en mi boca como el pájaro,  
ave febril de todos mis desastres.

Hubo un tiempo en que todo era hermoso y las canciones  
ofrendaban un coro en plena luz,  
un tiempo en que el amor batía alas  
en que amantes formaban con sus cuerpos  
bellas cartografías.  
Un tiempo sin los clavos de la cruz  
y sin la cruz del tiempo.

Entonces en mi voz una plegaria  
aliviaba la herida: heridicidio.  
Y las cuerdas vocales de mi voz  
en concordia vivían con mi alma.

Hubo un tiempo dichoso. Imaginad:  
la hierba recortada acariciando  
epidermis la noche inaugural de dos  
amantes,  
dos labios aún ajenos.

Apenas sin saberlo se hizo el fango,  
habitamos la grieta de estar vivos y  
con ella el dolor fundacional  
de ningún paraíso.  
Acaso la alegría solo sea  
destilación del llanto,  
gotas de agua en la fluvial espera  
de ninguna esperanza.

Hay heridas que graban en sus bordes  
una pequeña muerte.  
Muerte de los que se quedan, más muertos  
aún que los idos.  
Hay heridas de las que no sabemos  
nada.  
Nada sabemos sino el dolor antiguo del que nadie  
habla.  
Insondable dolor de precipicio.

Hubo un tiempo de pájaros en trino,  
de jardín con delicias, de abundancia  
en la tierra. Y lo perdimos.  
Irremisiblemente, lo hubo y lo perdimos.

## **Todas esas tijeras de mi vida**

Qué misterio circunda el universo  
para que un individuo esté vivo  
y al instante esté muerto.  
Qué misterio: estar dentro del vientre y luego fuera,  
durante unos años  
a los que no sé qué periodología biológica  
ha denominado vida;  
estar dentro,  
en la oquedad esencial y salir fuera,  
ser expulsado a la vida,  
para volver simétricamente y haciendo  
justicia a la ley de la existencia,  
a otro hueco más hondo: el de la muerte.

Útero y ataúd son una misma  
soledad  
en dos edades distintas.

Prólogo y epílogo.  
Placenta y carne inerte.  
Cordón umbilical e hilos que cortan las Parcas.  
En dos tijeretazos venimos y nos vamos.  
La matrona nos separa de la madre: vivimos.  
Las Parcas nos desprenden de la vida: morimos.  
Qué importantes son las tijeras para que  
prosiga el curso del universo.  
Dos láminas de hierro, dos lingotes  
de acero entrecruzados,  
y el mundo se detiene.

Desde ahora miraré con ternura  
todas esas tijeras de mi vida.  
Por las que soy.  
Por las que tarde o pronto  
estaré muerta.